EL DIABLO SOBRE RUEDAS

Lázaro Domínguez

Primera edición, abril de 2020
© Lázaro Domínguez, 2020

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-18148-53-8
IBIC: FF

Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

EL DIABLO SOBRE RUEDAS

Lázaro Domínguez

avant
editorial

CAPÍTULO PRIMERO

Wolker Eckert, de 47 años de edad, ocupado diariamente en la conducción de camiones, a las órdenes de una empresa sita en Wesseling, en el extrarradio de Colonia, acababa de aparcar el gigante de 16 ruedas, destinado al transporte de cargas pesadas y voluminosas, en el muelle de Port Bou, y se dirigió a la barra del bar donde, después de echar una ojeada a los bebedores, pidió con voz ronca, agujereada por el alcohol de todos los días, un whisky doble seco. Fuera, en el horizonte, la mar cabrillea y la luna, puso sobre las aguas silenciosas un abanico de reflejos anaranjados.

Wolker Eckert recordó, con el vaso de whisky en la mano, su primera gran hazaña amorosa. Tenía quince abriles y una pasión enfermiza por las chicas. Su constitución física a esa edad era ya atlética y presumía de poseer brazos de acero, piernas como columnas salomónicas y pecho de auténtico gorila.

Vivía entonces en la desaparecida República Democrática Alemana y, llevado por el olor a lirio que despiden las adolescentes, se acercó a una de ellas, una chica de catorce años, apenas flor frágil del bosque, una inocente gacela que, al andar se cimbreaba como el junco, una muchacha con cintura de arbolillo y pechos incipientes, pero ya bastante abultados.

Wolker olió a la hembra, se fijó en sus ojos donde se adormecía el tiempo, observó sus manos suaves como el terciopelo y su sonrisa siempre pronta y delicada, la engatusó y salieron una tarde a divertirse, como en día de fiesta. La tarde se tiñó en seguida de nubarrones negros, igual que la mente esquizofrénica del aprendiz a camionero. Alguien escribió más tarde el poema que inmortalizaría el acontecimiento. Más o menos así:

¡Pobre chiquilla!
Ángel torturado, apenas flor
que amanece en el diabólico jardín de la vida,
apenas una rosa recién hecha.
¡Cuántas antes que tú y como tú,
vilmente asesinadas por la pasión salvaje!
.....
Grita tu desamor y tu agonía,
el rapto del corcel ebrio de fuego
que bebió tu corazón traidoramente,
te respiró el aliento con vileza
y, río de veneno en la boca,
sed avarienta y malsana,
ardentía desnuda, te holló el vientre
y rompió la vidriera de tu cuello
bajo el silencio atónito de los evónimos.

¡Increíble! La diversión terminó en tragedia. Wolker desnudó a la muchacha, la tumbó contra el suelo, se echó encima con la furia delirante del enfermo enfebrecido y, sin hacer caso de los gritos de la muchacha, incluso tratando de ahogarlos para que no se oyeran, le puso las manos en el cuello, unas manos grandes y fuertes, y se lo retorció sin contemplaciones, mientras le decía entre risotadas histéricas: «Te amo, te amo, pero gritas demasiado y eso no lo resisto....A mí no me grita nadie, nadie, nadie...» Luego, como un energúmeno autómata y bárbaro, alzó el cuerpo inerte de la muchacha, que tenía los ojos extraviados y unos hilillos de sangre por la comisura de los labios, las guedejas alborotadas y sucias, los pechos amoratados y heridos, y la colgó de un árbol allí, en su pueblo sajón de Plauen.

Se rio a carcajadas después del primer sorbo de whisky, al regresar con la memoria a aquel suceso sangriento, que constituyó el inicio de una carrera imparable. Estranguló a una muchacha y no pasó nada, pues en aquel tiempo la policía, más centrada en menesteres políticos que en crímenes ocasionales, archivó el asunto y el asesinato se consideró un mero suicidio.

Pidió otro whisky, que se lo coló de golpe en la garganta, y recordó que hoy, hace exactamente diez años, salía de la prisión de Brandeburgo por haber descuartizado a una joven bellísima que ejercía de prostituta en la carretera. Fue apresado sin oponer la menor resistencia y, tras un juicio en Alemania por un tribunal de defensa de la juventud, encarcelado.

Tuvo suerte, porque la pena de prisión que cumplió entre 1988 y 1994 fue mínima, al verse beneficiado de una condonación por amnistía. La caída del muro de Berlín, el intento de fuga a la Alemania occidental y el matiz político que el juez le dio al asunto, fue motivo suficiente para la amnistía, y su caso, como el de otros muchos, no pasó luego al registro penal de la nueva federación.

Wolker sabía conquistar a las mujeres con su indiscutible atractivo físico, su complexión atlética, su metro ochenta centímetros de estatura, sus ensortijados cabellos castaños, su piel mate, sus ojos arios, típicamente germánicos, sus facciones angulosas y su porte de *playboy*.

Era un camionero de dura apariencia pero de postinera aptitud. A todo esto hay que añadir su sentido bohemio de la existencia, debido a su profesión, practicada como un verdadero oficio vocacional. No era capaz de hacerse autocrítica y no conocía el valor de la palabra arrepentimiento. Por sus venas corría sangre alemana y ningún acontecimiento, por espeluznante que fuera, alteraba su talante de nazi integral.

Cuando Wolker Eckert terminó de consumir su segundo escocés doble y seco, decidió pagar y marcharse. Luego, riéndose sin sentido y canturreando por lo bajo, se acercó a la balaustrada del muelle y respiró profundamente el aire puro del Mediterráneo. La luna seguía bañándose en las silenciosas aguas y la brisa apenas era una caricia suave en las mejillas y en las hojas de los árboles.

CAPÍTULO SEGUNDO

Wolker Eckert miró el reloj y se dio cuenta que era la hora preferida en que en Port Bou, municipio de España en la provincia de Gerona, partido judicial de Figueras, puerto pesquero, con Aduana en la frontera franco-española y con Estación internacional, una mujer de veinte años le esperaba.

La muchacha se llamaba Susanna Goher y vivía habitualmente en la orgía nocturna de los placeres sexuales. Su apartamento era visitado por eventuales amantes, hambrientos de epilépticos orgasmos y momentáneos triunfos venéreos. Los compañeros de su alcoba eran numerosos e iban desde jóvenes pianistas, que actuaban en restaurantes, hasta camareros, taxistas y camioneros que trabajaban ocasionalmente por aquella zona.

Susanna Goher era fría y calculadora, y no sentía ninguna pasión por sus visitantes, algo que le sucedía con todos los hombres que pasaba la noche con ella. Susanna Goher era la típica tigresa de ojos ovalados y rojas melenas, senos turgentes y muslos rollizos. Hacía alarde de unas piernas perfectas, que ya quisieran para sí las mejores artistas de cine o las más estupendas top-model de las pasarelas de lujo.

Sus piernas eran columnas capaces de sostener los más fantásticos templos de la lujuria nocturna. Desde la cabeza hasta los pies, Susanna era como un poema recién creado. Un poema con manos para revolotear sobre los adonis que se le pusieran a tiro. Un poema con cuerpo melodioso de mujer fatal para sublimar el placer de los clientes, y con cintura de anillo para mejor encrespar los ánimos de la especie que ella trataba.

Susanna, la puta de Port Bou, era una Cleopatra de los tiempos modernos, un felino desnudo movido siempre por amor al dinero. Una ramerita de talla internacional cebada de silicona.

Susanna acababa de tomar un baño y aún tenía sobre el cuerpo el aroma de las sales, del jabón hidrotermal para piel suave y cuidada, y de la *eau de toilette,* con la que le gustaba humedecer la nuca, los senos, el pubis y el lóbulo

de las orejas. Con las manos empapadas de colonia se acarició con suavidad también los brazos, los hombros y el interior de los muslos.

—Esta noche le toca a Wolker Eckert, el camionero.

La noche cayó sobre Port Bou con toda su magia y claridad de estrellas. La luna en el mar rielaba y se remojaba a placer. El aire estaba acaramelado y el cielo parecía un velo de tul ilusión sobre la cabeza del mundo. La brisa volandera rizaba suavemente el agua dormida del puerto. Por doquier olía a perfume de camelias, lilas y malvarrosas. Alguna gaviota sonámbula planeaba todavía, en giros monótonos, sobre la costa. A lo lejos, la silueta de los pinos se recortaba en el horizonte bajo un firmamento transparente.

—Esta noche espero a Wolker Eckert, el alemán.

Susanna preparó un cocktail de champaña, una mezcla sabia de limón poco maduro, jarabe de caña y Roëderer rosado. Luego se dirigió al mueble, donde una torre de discos esperaban la mano de nieve que sabía escogerlos, y puso en alta fidelidad una música de percusiones africanas, que hacían cimbrear el esqueleto a ritmo de exagerados movimientos de cadera.

La muchacha, semidesnuda, bailaba y bailaba y bailaba, y se sintió embriagada de felicidad. Esa noche le iban a llover quinientos euros. La melodía del disco alcanzó el clímax de la apoteosis cuando sonaron las trompetas, estridentes, y el momento se asemejó a los compases de la pasión desatada, al frenesí de la alucinación.

Wolker Eckert estaba a punto de llegar. Susanna miró el reloj. La aguja marcaba con exactitud la hora salvaje, la hora del grito delirante, de la incandescencia.—Me gustas a rabiar, muchacha, me gustas un montón —Le dijo la última vez que se vieron.

—Y yo estoy loca por ti, camionero —musitó aquella noche la ramerita.

—Te tengo que decir algo muy importante —continuó hablando Wolker.

Susanna fue toda oídos y ansiedad.

—Dime, cariño.

—Que no me falles nunca y estés siempre pronta a mis requerimientos. ¡Que nadie se interponga en mi camino! Quiero ser el primero y el mejor entre tus brazos.

Susanna se rió a carcajadas, le pasó la mano por la cabeza y le juró con voz de terciopelo:

—¡Nunca te fallaré, camionero! ¡Tú serás siempre el primero en mi cama! Y si quieres también ser el único, sólo tienes que decírmelo.

Susanna se arrepintió del juramento. El alcohol hacía siempre sus jugarretas y aquella noche le hizo una: irse de la lengua.

—Lo tendré en cuenta, mi querida putita.

La una y media de la madrugada, junio y noche cálida en Port Bou. Wolker Eckert acababa de llamar a la puerta del apartamento de Susanna, y Susanna le abrió:

—Pasa, camionero mío. Te estoy esperando

La muchacha se despojó en seguida de la fina muselina que cubría su cuerpo y comenzó a devorar con sus ojos leonados a Wolker.

Durante un rato bailaron al son de la música del disco. La percusión africana, las trompetas resonantes, los compases embriagadores, la letra en inglés *Tú* eres mi todo, y el desnudo abrasador de la muchacha con sus largos cabellos al aire, hicieron exclamar a Wolker:

—¡ Nunca un visir de *Las mil y una noche* se sintió más dichoso y mejor acompañado que este camionero alemán!

Después de bailar, ordenó:

—¡En marcha, nena!

Y se fueron a la cama.

Susanna, desnuda, horizontal, con las piernas abiertas, era lo más próximo al ideal de la belleza femenina en espera de la canonización del placer.

Wolker puso primeramente su mano en el pubis de la muchacha y comenzó a acariciarle, sintiendo que estaba tocando la parte más caliente y palpitante del planeta, sabiendo que calentaba motores y ponía a cien la torrentera de su sangre de tigresa en celo. Así estuvo un buen rato, logrando que la mujer gritara sacudida por la emoción. Luego, montándose encima de la puta, la cubrió como un animal macho a su hembra, entre estertores y gemidos de placer.

Wolker no era un hombre mientras hacía el sexo, era una fiera salvaje devorando a su presa, refocilándose en la carne atrapada, asesinándola a mordiscos y a golpes. La apretaba con la fuerza de un huracán y ella decía con el aliento entrecortado «así, así, así.., rómpeme el coño si quieres..., rómpeme toda....» Él empujaba sin apenas intermitencias, fundido totalmente con la muchacha y la muchacha lo besaba con voracidad, impulsada por una sensación venérea irresistible. Los dos se bebían y devoraban mutuamente, forzados por la recíproca urgencia del goce. Se diría que se poseían con crueldad, que se morían de sobredosis de dicha. Después, exhaustos, se quedaron dormidos.

Fuera, en la noche mediterránea, sólo se oía el silencio y el rumor lejano del mar, apenas perceptible.